

## LA NUEVA CONCIENCIA HISTORICA

Troquelada y purificada en los angustiosos y desesperados esfuerzos de cuatro años de lucha, cuyo recuerdo todavía gravita sobre los pueblos con sugerencias de pesadilla, una nueva conciencia histórica — aparece ya en todas las latitudes de la tierra para pre sidir el orden de cosas que adviene desde que se finiquitó la guerra más cruenta y más terrible de que haya memoria. No hay un espíritu medianamente capacitado para las funciones intelectivas, que en mayor o menor grado, no sea testimonio elocuente de este fenómeno auspicioso y consolador; no hay una sensibilidad cuyo sentido de relación no haya sido atrofiado o debilitado por egoismos inferiores y subalternos que no se sepa tocada por la gran “vox clamanti” que suena como un anuncio en esta hora tan decisiva para la suerte del mundo. Negarla es condenarse en la negación. Acusarla de vaguedad e imprecisión es hablar en nombre de una lógica cuya sabiduría es menos útil que la que aporta sobre los valores sociales la dolorosa experiencia de toda la historia. Apenas si se requiere una relativa agudeza de observación para descubrirla en medio de las múltiples manifestaciones del pensamiento moderno; pues que no es menos fuerte, ni menos segura, ni menos clara porque se presente envuelta o semivelada por un estado de ánimo general, en el que si a veces es fácil advertir un amago de pesimismo y de abandono, también es fácil constatar el incontestable designio de crear una forma más superada de convivencia humana. Canto de fe y de renovación. prendido al ala de todos los vientos, está en todas partes y en todas partes se mueve, se agita y actúa con la singular eficacia de las cosas animadas por la pasión y la voluntad crea-

dora, con la fuerza incontenible de las actitudes que llevan en sí mismas la razón de su triunfo.

El ideal que surge y se consolida sobre las ruinas del mundo capitalista, es el ideal con el que se impone el trabajo ennoblecido y rehabilitado; es el esfuerzo mismo el que en nombre del nuevo credo, se posesiona de todo valor y de toda cosa; es el esfuerzo mismo el que poco a poco se enseñoorea de la vida entera para dictarle su código de moral y para impregnarla de su clara y definitiva noción de justicia. El hecho más grande y trascendental de los tiempos que corren será la incorporación activa del estado llano a las funciones sociales. Lo que hasta aquí no fué más que una fuerza ciega en manos de los usufructuarios del privilegio, ha adquirido ya la plena conciencia de su deber y lo ha aquilatado en el empeño titánico de la guerra. Por eso la nueva conciencia histórica apunta con más relieve y con caracteres más definidos en el sordo y confuso rumor de gesta que sube de los talleres y de las fábricas; y por eso mismo los síntomas que se insinúan y acusan aquí y allá, cobran una capital importancia cuando se vinculan a los afanes de aquella clase de la que depende por relación inmediata el bienestar y la existencia misma de un pueblo. Las clases acomodadas de Inglaterra no han salido del estupor causado por el decreto de Soutport dictado por los carboneros, los ferroviarios y los obreros de transportes — de seguida ratificado en Glasgow — legitimando la huelga política como medio de asegurar el dominio de la voluntad colectiva en los asuntos comunes, particularmente en aquellos que se refieren a las relaciones internacionales, cuando se han visto enfrentadas de golpe a la probabilidad de tener que entregar el gobierno a los laboristas o de jugarlo todo en el problema de Irlanda. La asamblea de Bolonia obligó al gabinete italiano a amainar sus iras con tra la República Rusa de los Soviets. En Francia las multitudes obreras más fuertes por el poder de su inteligencia han definido su posición con categóricas expresiones de solidaridad con las reformas sociales de los bolcheviques. Alemania descontenta con el socialismo anodino e incoloro de Ebert y Scheidemann fluctúa y vacila solicitada, por una parte por los intereses conservadores, y por la otra, por los ideales encarnados en el espartaquismo enérgico e irreductible. El vergonzoso estallido de odios del program, que remeda a tan larga

distancia el móvil y el espectáculo de las escenas del circo romano, no ahoga en Polonia las voces airadas que exigen la socialización de los bosques y la expropiación de los latifundios. En Turquía y en el Egipto las aspiraciones de mejoramiento nacen ligadas a las más avanzadas corrientes de ideas. En España las sangrías de Africa no bastan a distraer la conciencia pública, tan claramente expresada en los campos de Andalucía, de Aragón y de Cataluña, y mientras las masas acogen con entusiasmo creciente las doctrinas sindicalistas acentuando el franco repudio del huero verbalismo parlamentario, la monarquía anuncia su próximo fin sin grandeza y sin gloria, en los placeres de San Sebastián y en las orgías de Covent Garden. En Estados Unidos, mientras los políticos no se entienden sobre la manera de aprovechar el botín conseguido, el policemen se esfuerza en vano por contener las convulsiones obreras y por detener con los artículos del código punitivo el viento que sopla desde el antiguo dominio de los zares. El pueblo japonés, diezmado y succionado por los espoliadores que medran al amparo del duro derecho del samuray, se conmueven en significativos aprestos de rebelión. Y de la misma manera el espíritu nuevo actúa con eficacia en todas las demás naciones del mundo en ritmo unánime y promisor con el gran gesto de Rusia que ha diseminado a todos los rumbos el fermento revolucionario que opera en lo más hondo de la estructura social.

Inequívoca posición de la conciencia humana, comprende tanto a las clases que han afirmado siempre su condición de dependientes y sojuzgadas, como a los hombres consagrados a las altas funciones espirituales. Un vano afán de desconocer el verdadero y profundo significado de las manifestaciones obreras, o, por lo menos, de reducirlas a la categoría de los gestos espasmódicos de que la historia ofrece tan múltiples y reiterados ejemplos, pretende referirlas única y exclusivamente al deseo de remediar necesidades actuales y perentorias. ¡Frágil y deleznable esperanza de los miopes que todavía fían en la eficacia de la legislación constructiva, para satisfacer las exigencias de la hora, o siquiera para postergar la crisis que ya se anuncia con el fin de cargarla en la cuenta de las generaciones del porvenir! Aún cuando se explica bien que sean las multitudes de trabajadores las que se agiten de modo más ostensible, ya que son ellas las que por sentir más de



cerca y en carne viva las desventajas del régimen imperante más han menester de profundas transformaciones que modifiquen las condiciones de vida, es lo cierto que están con ellas, con una franca adhesión que a diario se ratifica y se robustece, las mentalidades más representativas de la época.

Examínese con despreocupación la literatura llamada de la guerra y se notará cómo trasciende de ella el aliento profundo que trabaja en este momento a las actividades universales. Al lado de la amargura a la vez piadosa y exagerada que nace de la contemplación de la tragedia en que se ha hundido una presuntuosa civilidad amasada con valores bursátiles, con ciencia oficial y con mentiras cristianas, flota por encima de todo con una extraña pujanza un soplo vigoroso y conciente de aspiración y de esperanza en el destino del hombre. Desde que France, Barbusse, Masson, Duhamel, Frank y Roman Rolland — el alto y sereno espíritu que salvó, durante la guerra, la dignidad del pensamiento a despecho de las invectivas chauvinistas y del desenfreno del atavismo mongólico — se pusieron con decisión al servicio del nuevo credo, son muchos, son ya legión, los escritores de vanguardia que en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España y en los pueblos de América, exponen con claridad elocuente, quien en páginas impregnadas de fe y de ternura, quien en períodos ardorosos y combativos, quien en artículos animados por una segura y prudente sabiduría, los lineamientos generales y el contenido ideal de la nueva conciencia histórica. El manifiesto publicado hace poco tiempo por ese grupo “Claridad” que constituye con títulos sobrados una verdadera internacional del espíritu, “libre, uno, múltiple y eterno”, ha convocado a las voluntades de todas las latitudes para reafirmar los derechos del “Pueblo de todos los hombres, de todos los hombres igualmente hermanos”, del pueblo “que sufre, que lucha, que cae y se levanta y que adelanta siempre por el puro camino húmedo de su sudor y de su sangre”.

No se trata de rehabilitar el pasado ni de reedificar sobre los escombros del orden caído. La voluntad que preside y dirige la nueva cultura no tiene nada de común con aquel proceso de usurpación y de violencia. Ni los múltiples regocijos provocados desde las esferas oficiales con motivo de cada uno de los actos posteriores a la convención del armisticio



y, particularmente, el de la firma del tratado de Versalles, ni los notorios esfuerzos realizados por una diplomacia que no se resigna a abandonar sus viejos expedientes de mentiras y trapizondas; ni la intensa campaña mantenida por cierta prensa que vive al amparo de los intereses conservadores en favor de las soluciones impuestas a diversos problemas de la postguerra, han conseguido inclinarla en favor de sus actos ni de sus reiteradas promesas de enmiendas y de reformas. El "panem et circenses" de los años próximos a ser expropiados ha agitado por un instante a las claques mercenarias que turbaron con eco de cortejo el recogido silencio de las calles de Londres y de París; pero pasaron con sugestiva y glacial indiferencia para ese pueblo — carne y fermento de la historia — cuya conciencia se aguza día a día sobre el problema de su bienestar presente y de su suerte futura. Los documentos de Versalles y de Saint Germain no han satisfecho ni a los mismos que allí colgaron las horcas caudinas para los rivales vencidos. Es que si hubo algo superior que permitió a todas las naciones sobrellevar la carga de Sísifo de cuatro años de máximos sacrificios y dolores no fué de seguro el deseo de que triunfasen tales o cuales estados a título de considerárseles exclusivos depositarios de los altos principios humanos, sino la íntima esperanza, universalmente expresada en todas las formas, de que después del desastre se afirmaría en todo el mundo un régimen social regido por la verdad y por la justicia. Para tal esperanza la guerra adquirió hasta en sus más peores momentos el inesperado valor de una verdadera solución. Era un mal, sin duda alguna, pero el mal tendría la virtud de los sacrificios heroicos, de barrer de un solo golpe, en una noche de barbarie, de martirio y de sangre todo una era de despotismo y de miseria para permitir el establecimiento de un nuevo orden de cosas más compatible con las funciones de la alta vida consciente y con el destino del hombre. Convenía soportarla y todos la soportaron con estoicismo tratando de convertir la guerra, que, después de todo es un resultado ineluctable de una estructura social esencialmente agresiva y beligerante, en la moneda de ley del mejoramiento esperado y pagado a tan duro precio. La virgen Salambó sacrificaría la prenda más íntima de su ser moral a la concupiscencia del aventurero triunfante, pero Cartago no sería sometida a la depredación

y a la esclavitud. Las reiteradas afirmaciones de los gobiernos de la Entente sobre los fines de la guerra y, sobre todo, la proclamación de los postulados wilsonianos robustecieron la creencia y reafirmaron la esperanzada ilusión hasta darle los relieves de una realidad ya próxima y segura. Pero han bastado los primeros actos gubernativos subsiguientes a la celebración del armisticio para que los pueblos se den cuenta cabal de que tantas promesas sólo han obedecido a un engaño premeditado y sin precedentes en la historia. Su claro sentido de las cosas, que no yerra ni se equivoca nunca, les ha permitido colegir ya que el designio secreto y real de la vieja política maquiavélica es hacer de modo que la pérdida de millones de vidas y de ingentes intereses materiales no traiga al mundo las transformaciones que se esperaban, y que las mismas manos que escamotearon la Revolución de 1789 alargan sus dedos en la penumbra para escamotear esta esperanza que pertenece a todos porque fué concebida y alimentada con el martirio común. De ahí que lo que ahora se quiere sea una trasmutación integral y definitiva de los valores feudales que, a pesar de los esforzados remozamientos confeccionados por los teóricos del derecho y de los paliativos escogitados por los políticos, han sido siempre causa fecunda de guerras y de discordias constantes, tanto en lo interno como en lo externo. Todo empeño que se detenga en simples innovaciones formales será una contradicción; toda actitud que de cualquiera manera signifique una concesión al espíritu de compromiso con el pasado; será una traición atentatoria y contraria a los intereses de la humanidad. No hay término medio en la disyuntiva. O los pueblos son incapaces para crear de una vez por todas una estructura social más apta y más superada que la presente, o amasan con mano segura al costo que sea, la civilización que debe romper en las manos del despotismo los instrumentos de que se sirve para dominar a los pueblos y que debe forjar la política, la justicia, la economía, la ciencia, la moral, la cultura y el arte que está exigiendo el imperativo categórico de la vida.

Esto no importa decir que la nueva conciencia histórica nazca a virtud de un extraño proceso de generación espontánea; a virtud de un extraño proceso de generación espontánea. Suma y resumen del pensamiento renovador que a través

de los siglos libra una guerra perpetua con las cristalizaciones que impiden las variaciones sociales, ella aparece integrada por las ideas y las aspiraciones que en todos los pueblos y en todos los tiempos fueron proscritas de la política práctica, tildadas de utópicas y de absurdas y perseguidas como disolventes y atentatorias a la salud de los organismos gregarios. Herencia formada por un esfuerzo sin tregua, salvada indemne de los sucesivos naufragios en que tantas formas, grandezas y poderíos materiales han perecido, llega a esta hora como un mensaje misterioso de los anhelos antiguos que quieren cumplirse en la realidad de nuestra era.

Las concepciones que alienta son claras y definidas; han sido objeto de largos y sostenidos debates; las ha depurado un trabajo de crítica científica y rigurosa. Es una revaluación inconmiserada de todas las fuerzas sociales. La noción del Estado como entidad desligada de las condiciones humanas todavía sobrecargada con los atributos que lo erigieron siempre en una potencia de dominación a pesar de los diversos retoques propuestos por los juristas inventores de la regla de interdependencia y de la ley de solidaridad; el derecho apreciado y medido por el imperio de la fuerza; las relaciones internacionales como recursos de engaños y deslealtades; la justicia como instrumento de tiranía; el parlamento como anestésico para las inquietudes de la voluntad colectiva; el sistema económico como un monopolio del que resulta favorecida una minoría elegida y parasitaria, todas las instituciones humanas, en suma, han sido alcanzadas y analizadas por la nueva conciencia histórica y todas serán trasmutadas no con el avieso y preconcebido propósito de destruir lo existente para satisfacer ancestrales y regresivas supervivencias, sino obedeciendo al incoercible mandato de la vida, de esta vida nuestra relativa y terrena, para la cual no existe ni el designio providencial, ni el orden preestablecido, ni la verdad inmutable.

Espíritus prevenidos y limitados por el temor de arriesgar el escaso bien presente en la incertidumbre del mayor bien prometido, recitan contra ella los vanos consejos de la prudente sabiduría de Sancho y aguzan las viejas voces con que la rutina cruza siempre el camino de los audaces exploradores de nuevas cumbres. Mas, para aquellos que, demasiado apegados al acervo mental de la tradición, consideran a las doctrinas inno-

vadoras, ilusiones creadas por una lógica racionalista en desacuerdo constante con los datos de la realidad, no ha de ser poca la sorpresa con que ahora ven en Rusia arraigado y viviendo en los hechos actuales y en la actividad cotidiana de muchos millones de seres, el régimen de la industria socializada, que condenaron con obstinado tesón los economistas y financieros de los institutos y academias subvencionados por el Estado. ¡Y cuál no será el gesto de indignación con que se estremecerán en el reino de silencio donde reposan las sombras de aquellos buenos burgueses del París de 1871 al ver a un sobreviviente de la “debacle” resucitar, en pleno afán de revancha nacionalista, el decreto ecualitario de la condición social y jurídica de los hijos naturales con los hijos legítimos y de las concubinas con las esposas que suscribieron cincuenta años atrás, en el fragor de las barricadas, los intuitivos de la Comuna, hiriendo en lo íntimo la institución que con el dominio privado constituye la base y el fundamento de la sociedad, al decir de sus civilistas. ¿Acaso Roosevelt no ha muerto asistiendo al experimento triunfante del socialismo antagónico de su política imperialista? La vida es una continua realización. Colón surcando el piélago guardado por los endriagos y los fantasmas de la ignorancia, realizó las premoniciones intuitivas de navegantes pretéritos y remotos, y dió al hombre la posesión definitiva de las aguas y de las tierras. Bleriot hendiendo el aire con la frágil barquilla que unió las márgenes del Canal de la Mancha con una curva maravillosa y significativa, realizó la quimera de Montgolfier y dió al hombre el dominio del aire: La nueva conciencia histórica, al hacer justicia al pensamiento de los precursores sacrificados en las brujerías de la superstición y de la mentira; da al hombre la clave segura para dominar y hacer efectivo su propio destino. Porque nada hay que distinga las múltiples formas en que se manifiesta la adaptación humana. La República Rusa de los Soviets con su código de justicia del pueblo para el pueblo, y con su órgano gubernativo arraigado en la voluntad colectiva, retoma el hilo de oro que ligó el pensamiento antiguo con las revoluciones de 1848 y 1871 y resuelve en el campo de la política el teorema que resolvieron en el campo de la mecánica las experiencias de los Colón y de los Bleriot.

América tuvo un día la intuición aguda de la nueva con-

ciencia histórica. Fué en la adolescencia todavía no muy lejana de su pensamiento. Su virgen y robusta mentalidad conjugada con los más ponderados valores de la cultura europea superó a su progenitora en muchos y fundamentales aspectos, tanto en hermosura de concepción como en destreza ejecutiva. Los dogmas de la teología y las preocupaciones de la escolástica no resistieron la operación de trasplante que intentara el feudalismo conquistador. Duns Scott y Santo Tomás, sin encontrar medio propicio para cuajar, languidecieron en la lobreguez de los claustros, en el preciso momento en que florecieran las investigaciones de Azara y de Caldas. Mientras se desechaban de las construcciones civiles los postulados del derecho divino, el espíritu americano pasaba sin dificultad del sensacionismo de Helvecio al racionalismo de Montesquieu y del racionalismo de Montesquieu a la libertad de Rousseau. La soberanía popular como expresión de la voluntad común de la sociedad universal, presente y futura, de todos los tiempos, reemplazó a la noción de lo incognoscible, aducida como fundamento de su poder, por monarquías decrepitas y trabajadas por fallas consubstanciales, e informó los primeros actos de las asambleas constituyentes.

El renacer de la filosofía europea, en el siglo XVIII, le comunicó los ensayos del liberalismo económico de Quesnay, a la vez que, adelantando por el derrotero señalado por la crítica de Locke, apartó el espíritu americano de las nebulosas especulaciones de la metafísica antigua y le comunicó con las obras de Cabanis y de Destutt de Tracy los elementos nutricios del sensualismo de Condillac.

A los aportes mentales de la Enciclopedia, ligó también, en no escaso grado el naturalismo británico, en particular el utilitarismo de Bentham, el empirismo de Reid y el relativismo de Hamilton y con todos ellos mediante una operación prodigiosa en la que se combinó la doctrina con la necesidad inmediata y la perspectiva del porvenir, los hombres del nuevo mundo forjaron sus claros ideales políticos, científicos, jurídicos, artísticos, económicos y morales y los templaron en las polémicas ardorosas del libro, del panfleto y del periodismo, en las serenas exposiciones de las aulas universitarias, en las enconadas contiendas de los partidos y en los apasionados debates parlamentarios y tribunicios. Todavía ahora la actividad

de nuestro civismo corrompido y monetizado recoge fragmentos de aquella labor para arrojarlos como guijarros, al sitio de la oligarquía, o bien para estimular las esperanzas de las multitudes electoras con un pasajero lampo de luz antigua en la noche presente. Libres las manos de trabas tradicionales y de prevenciones hereditarias, las repúblicas americanas llegaban a la vida autónoma en el amanecer risueño de una civilización que se anunciaba más grande y más duradera que todas las civilizaciones hasta entonces ensayadas y conocidas. Antes que flameara sobre las viejas sociedades la bandera roja de 1848, antes que el credo marxiano clarease los talleres y las fábricas, antes que las almas se inflamaran con las vehementes aspiraciones de humanidad, de justicia social y de mejoramiento proletario, la conciencia de América trasponiendo los horizontes de la democracia parlamentaria había medido con exactitud los transitorios e insuficientes recursos de la política liberal. En tanto que Camilo Torres disertaba sobre las ventajas del federalismo como base del gobierno propio con la evidencia con que proclamaba el principio del Congreso Comunista de Ginebra lo realizaban con una eficacia sorprendente en las márgenes del Misisipi los peregrinos del May Flower. Henry George corrigió a Stuart Mill y Rivadavia con el genio que presidió su legislación agraria rectificó el derecho de la Roma cesárea. Sarmiento encendió luz en el cerebro de la muchedumbre con la política educacional más sabia de su tiempo. El derecho internacional recibió impulsos inesperados del talento de Bello y se anunció desde el comienzo con la pujanza con que había de culminar en el fecundo principio del arbitraje que asegura y aplica la equidad y la justicia por encima del absolutismo estadual. Y el genio múltiple de Alberdi profundizando los conocimientos de los economistas ingleses y franceses, fundó la ciencia económica de las repúblicas americanas; y superando con no igualada facultad comprensiva el humanismo teológico de Suárez y el poderoso fondo ético de las concepciones de Grocio, planeó con mano maestra la sociedad de las naciones columbrando el advenimiento de los estados unidos de la humanidad.

El industrialismo y el comercio que propulsados por las fuerzas vivas liberadas del largo encarcelamiento del feudalismo se desarrollaron y quituplicaron como por obra de un



encanto en el viejo mundo, llegaron a América cuando las manifestaciones de su conciencia naciente no se habían concretado todavía como un ideal común y definitivo. La política liberal que trajeron consigo se circunscribió en el nuevo ambiente a la actividad de los partidos, se incautó del gobierno aceptado ya como órgano de la soberanía del pueblo de conformidad a la concepción rousoniana y, aprisionándolo en las redes del egoísmo de clase, de la sed de riqueza y de la exacerbada voluptuosidad del poder, le impidió el natural crecimiento que proveía al postulado su filiación filosófica, y lo redujo a un desaliñado sainete en la feria de los comicios. Empero no obstante este inopinado retraso que postergó así la realización de disposiciones y de iniciativas tan elevadas y promisoras, el espíritu de donde procedieron lejos de perder el signo de su linaje, templó siempre sus calidades de metal de ley en un continuo trabajo de depuración y de contralor frente a la democracia improvisada a la sombra de los carterlles y de los trusts. La catástrofe de la guerra le encontró con el ojo atento, avizorando las alternativas de la crisis, y gracias a ello Europa no estará sola en la tarea reconstructiva. La joven América, que de haberse librado siempre de la sombra de manzanillo del capitalismo europeo hubiera elaborado la miel de una civilización sobrepujada, le aportará el tesoro de sus ideas con el tesoro de su grano. Las catorce proposiciones de Wilson, extraídas casi todas de las trece proposiciones de Bakounine, expresaron en el momento de prueba en que fueron pronunciadas, la disposición histórica del pensamiento americano, y la clamorosa acogida con que fueron recibidas en todas partes, revelaban con elocuencia sugestiva que éste está en inseparable unidad de miras con la voluntad creadora de todos los pueblos. Las actitudes más notorias de la burguesía capitalista permiten creer que ésta se dá cuenta de la apremiante necesidad de modificarse so pena de percer: Lodge, el senador norteamericano que mantiene en alto el pendón del imperialismo estilo yanqui, ha declarado hace poco tiempo que lo que constituye la esencia del monroísmo, es el propósito colectivo de la energía americana de crear una civilidad que transmute y rectifique en beneficio del mundo la civilización europea.

Pero mucho antes de que se dieran a la publicidad los postulados wilsonianos y mucho antes de que se operase el

inesperado cambio de frente — sincero o calculado — del nativismo del norte, la actitud de los pueblos americanos expresó de modo harto significativo el estado de ánimo dominante. Fué en la hora desventurada y digna de olvido, en que empresarios de la guerra, los incitaba a participar en la tragedia. Negociantes extranjeros — extranjero de toda patria—; abogados imbuídos de romanismo quiritaro; periodistas sin escrúpulos; escritores y poetas, creyentes de buena fe los unos, en la leyenda que aureola ciertos estados con el camouflage de humanidad y de justicia, convencidos los más de que ya no es digno llorar como Alfredo de Vigny, cuando se tiene que llevar al mercado el fruto del numen, concitaron al populacho enardecido y ebrio de beligerancia y empujaron a la contienda a los gobiernos. Pero el pueblo, el verdadero pueblo que obra por sí, con prescindencia de los mandones irresponsables, lejos de decidirse por ninguno de los bandos en lucha, substrajo de las solicitaciones interesadas lo más preciado de su conciencia histórica y elevando con una suprema dignidad de gesto, la lámpara votiva de su ideal, proyectó sus visiones de prevenir más allá de la urbe presente, más allá de las fronteras nativas, por los pueblos de los continentes y de las islas diseminadas por todos los mares.

Una saludable brisa de vital idealismo sopla con la nueva conciencia histórica. Por ella la utopía reaquilata el insuperable prestigio que le negaron siempre los calibanes aferrados a la satisfacción inmediata del sentido. Por ella aprendemos que soñar es penetrar en la infinitud del tiempo. El sueño es la mano arcana que abre sobre la tierra las puertas de la noche. Por él la afirmación presente, rebasa el molde estrecho y procústeo de su condición transitoria y vuela a poblar de imágenes humanas el mundo del porvenir. Por él la voluntad creadora se proyecta más allá del momento fugitivo y de los lindes del tiempo en empersas conquistadoras. Voz que allana los senderos del Cipango entrevisto y de El Dorado remoto. Lejos de semejarse a una fuga de la realidad ardua y mezquina a la blanda fantasía de paraísos prometidos a la negación y al sacrificio, es el avance incontrastable de los organismos plenos de salud y de fuerza. El don adivinatorio que se atribuye con justicia a la alta poesía es simple estado normal de órganos sensorios tocados por el estro. Sólo en

la Grecia rebosante de vigor y de lozanía fué posible la visión de la Altántida promisor, en la pupila de Platón el divino.

Todas las primaveras, los jardines y los huertos se estremecen con inquietud sagrada. La simiente que otros jardines y otros huertos entregaron como frágil envío al aire pasajero, revive y retoña en los nuevos botones que se abren en la conjugación alada de la luz. Es el voto de un sueño que se cumple.

Periódicamente la parábola lunar turba el alma femenina con misteriosos desmayos de pasión. Es el voto de un sueño que agita en el relicario del amor, el secreto de la eternidad y de la vida.

La sangre que fricciona las circunvoluciones cerebrales exalta en un instante inesperado, el fluído de una idea creadora y novedosa. Es el voto de un sueño que viste con la luz de alba del futuro la conciencia de un hombre, de un pueblo, de una raza.

Y así como es cierto que no cumplirán su mandato los jardines y los huertos si la tierra se torna yerma para los gérmenes legados; y así como es cierto que no cumplirá su mandato el corazón si deja que se sequen las fuentes del amor: así es también cierto que los hombres del presente, no cumpliremos el mandato transmitido por las generaciones del pasado si no engrandecemos y enriquecemos con una superior civilización sus conquistas espirituales y si cruzados de brazos a mitad de la jornada, cerramos los oídos al profundo reclamo de verdad y de justicia que emerge de las páginas de la historia y repercute en todos los ámbitos de la tierra.

SAÚL TABORDA.